



**PREMIO NACIONAL DE
DRAMATURGIA**
SALTILLO 2021 · TEATRO TESTIGO DE LA VIDA

QUIJOTE WALMART

Samuel es un septuagenario idealista que tiene una tensa relación con su hijo —Oscar—, quien le reprocha vivir en otro mundo y huir de la realidad. Sin embargo, para Samuel la vida es un juego y encuentra en cualquier lugar, sobre todo en los adentros de un centro comercial, el modo de transformar la monotonía en un relato de caballeros andantes, compinches audaces y monstruos peligrosos.

Esta obra es el resultado de tener un padre soñador y juguetero. Un hombre que, para bien y para mal, en lugar de cortar las alas de los suyos, las mueve para darles impulso. Para él, y para todos aquellos Quijotes que no temen quemar sus plumas al sol, es esta historia.



Víctor Velo

QUIJOTE WALMART

OBRA GANADORA DEL

**PREMIO NACIONAL DE
DRAMATURGIA**
SALTILLO 2021 · TEATRO TESTIGO DE LA VIDA

Víctor Velo

(Chihuahua, 1988)

Dramaturgo, licenciado en Letras Españolas por la Universidad Autónoma de Chihuahua y cofundador de la compañía de teatro La Bodega.

Autor de la novela “El divorcio y los payasos” de la Editorial Aldea Global; del ensayo “La narratología. Teatro narrativo y su lugar en la representación;” de la trilogía dramática “Nintendo 64 y otras obras para jóvenes,” publicada por el Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua; finalista en dos ocasiones del Premio Nacional de Joven Dramaturgia Gerardo Mancebo del Castillo 2017 y 2018, respectivamente, y autor de la obra “Instrucciones para saltar”, en la Antología de Textos Dramáticos para Jóvenes Audiencias de Los Textos de La Capilla, en 2019.

Ganador del Premio Independiente de Joven Dramaturgia TeatroSinParedes 2019 con la obra “No tengo los huevos”.

Su obra “Goma 2-ECO” fue seleccionada dentro del Circuito Internacional de Joven Dirección y Dramaturgia 2018-2019, publicada en la revista “Tramoya”.

Con la obra “Duelo” fue seleccionado para el programa oficial del 2o. Encuentro Nacional de Dramaturgos Jóvenes de Morelia, Michoacán, en 2019.

Beneficiario de los estímulos PECDA, FOMAC y Eká Nawéame, en el estado de Chihuahua.

Su obra “Cinco segundos en caída libre” fue seleccionada para conformar el 18o. Festival de Joven Dramaturgia, 2020.

Ganador del Premio Nacional de Dramaturgia Saltillo 2021, “Teatro testigo de la vida”, con la obra “Quijote Walmart”.

**PREMIO NACIONAL DE
DRAMATURGIA**
SALTILLO 2021 · TEATRO TESTIGO DE LA VIDA

**PREMIO NACIONAL DE
DRAMATURGIA**
SALTILLO 2021 · TEATRO TESTIGO DE LA VIDA

ING. MANOLO JIMÉNEZ SALINAS
Presidente Municipal de Saltillo

MTO. IVÁN ARIEL MÁRQUEZ MORALES
Maestro en Promoción y Desarrollo Cultural
Director General del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo

MTO. IVÁN ARIEL MÁRQUEZ MORALES
MEDARDO TREVIÑO
Coordinadores Editoriales

SALTILLO, 2021

©D.R. GOBIERNO MUNICIPAL DE SALTILLO

©D.R. INSTITUTO MUNICIPAL DE CULTURA DE SALTILLO

Ilustración de portada y diseño: Guillermo Ramírez Pérez

ISBN: En trámite

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

Quijote Walmart

Víctor Velo

Reunidos en forma virtual a través de la plataforma Zoom, el día 11 de julio del 2021, los abajo firmantes, constituidos en jurado calificador del Premio Nacional de Dramaturgia Saltillo 2021 “Teatro testigo de la vida”, Hernán González Galindo, María Concepción León Mora y Andrea Isabel Castro Rivera, decidimos elegir la obra QUIJOTE WALMART de Víctor Hugo Velo Muruato, con pseudónimo *Librado*, como la ganadora del Premio Nacional de Dramaturgia Saltillo 2021 “Teatro testigo de la vida”.

La razón de su selección, entre los 98 participantes, fue por ser un texto fresco y profundo, que posee una estupenda fusión quijotesca con el hombre contemporáneo, obra de consciencia que dignifica la comedia y propone un importante tema ante el deterioro de su protagonista, de suma importancia y universalidad.

Obra con posibilidades de ser representada en diversos países por su empatía temática y vigente. Contiene poderosas metáforas con lenguaje, ritmo y estructura adecuada. Da la posibilidad, además, de tener un actor de carácter en su reparto. Una obra entrañable que expone con sutileza la condición humana.

MARÍA CONCEPCIÓN
LEÓN MORA



DRAMATURGA Y DIRECTORA
DE TEATRO

HERNÁN GONZÁLEZ
GALINDO



DRAMATURGO Y DIRECTOR
DE TEATRO

ANDREA ISABEL
CASTRO RIVERA



INVESTIGADORA Y CRÍTICA
DE TEATRO

Una vez más el Gobierno Municipal de Saltillo que preside el ingeniero Manolo Jiménez, a través del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo, confirma su compromiso con las artes como vehículo de comunicación entre los diferentes miembros de la sociedad al trabajar en la continuidad de proyectos necesarios en estos tiempos de cambios que han afectado al mundo.

Prueba de ello es esta segunda emisión del Premio Nacional de Dramaturgia, Saltillo, 2021, “Teatro testigo de la vida”.

A ella acudieron dramaturgos de veintisiete estados. Creadores convencidos de que la vida hay que observarla de frente, y mirarla con los ojos de la verdad.

Cien dramaturgos que le apuestan a la reflexión, al sentido de libertad y de verdad, que sólo el arte otorga.

Este gobierno municipal cree en sus artistas, en los creadores de México y que deben establecerse vínculos, caminos de comunicación, que la escena siga siendo la reinterpretación de la vida, el encuentro de generaciones y la obra ganadora eso es: un viaje al encuentro, a la reivindicación de diálogos perdidos en la vertiginosa vida actual. El viaje sin retorno a la vida, a los sueños, a no perder el sentido de

libertad, de identidad. El encuentro definitivo consigo mismo. El viaje de un viejo. “Quijote Walmart” de Víctor Velo es eso, un viaje a la vida en los últimos momentos de un hombre.

Gracias a obras como ésta se reafirma el éxito de este premio que en tan sólo dos años se ha convertido en el más importante del país, por su monto económico, doscientos mil pesos, medalla forjada en plata y la publicación del libro con la obra ganadora.

Agradecemos la participación de más de cien creadores, del jurado de primer nivel, su trabajo y trayectoria lo confirman: el dramaturgo Hernán Galindo, de Monterrey, Nuevo León; la maestra Conchi León, dramaturga y directora de Mérida, Yucatán, y la crítica e investigadora Andrea Castro. Tres creadores comprometidos y representantes importantes del teatro nacional.

Gracias a nombre de Saltillo, del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo, por la confianza y porque el teatro siempre sea testigo de la vida.

**Gobierno Municipal de Saltillo
a través del Instituto Municipal de Cultura
de Saltillo**

Quijote Walmart

Víctor Velo

Quijote Walmart

Víctor Velo

Para mi padre, Adrián Velo,

mi viejo con alma de niño.

Samuel

Óscar

Pérez

Doctora

I

Samuel despierta. Habla solo. Es un caballero andante. Un portentoso Quijote. Es interrumpido por su hijo Óscar.

Samuel tiene un fingido acento español siempre, salvo las partes que estén señaladas. Ningún otro personaje lo tiene.

Samuel: En un lugar de la colonia Carrizales, de cuyo aspecto no quisiera acordarme, no hace mucho tiempo vivía un ingenioso caballero, de regordeta figura y ágil andar. Con aspecto valeroso distinguible a mil leguas y determinación infinita, cuya primera actividad matutina consistía en intentar orinar. Maldito fastidio es la edad, maldito esfínter arruinado, maldito el mundo que me aleja, malditos todos, maldita sea.

Óscar: ¿Ya te levantaste?

Samuel: Como si tuviera opción.

Óscar: A tu edad, lo deberías agradecer.

Samuel: ¡Silencio, rapaz!

Óscar: Ande, Quijote. Orine para llevarlo.

Samuel: No voy a ir.

Óscar: ¿Otra vez con eso? ¿Sabes el trabajo que me cuesta coordinar una cita con esa doctora, en mi hora de descanso, para poderte llevar?

Samuel: No te molestes más. No voy y se acabó.

Óscar: ¿Qué haces ahí dentro?

Samuel: Orinar. O eso intento.

Óscar: Nomás suéltate.

Samuel: ¿Cómo no se me había ocurrido? ¡Suéltate! ¡Claro, Oscarín! Bueno, vejiga, ya has escuchado: suéltate. ¡Ah, Óscar! Funciona. Mi uretra arroja borbotones de líquido, la orina inunda las paredes, es una manguera, un chorro potentísimo. ¡Gracias, hijo! ¡Todo te lo debo a ti y a esa instrucción tan estúpida! ¡Sol-tarme! Como si fuese tan sencillo.

Óscar: Cuánto drama haces.

Samuel: No es drama, Óscar. Narrativa. ¿Debo aleccionarte cada vez?

Óscar: Papá, basta, por favor.

Samuel: ¡Que no puedo!

Óscar: No hablo de tu vejiga. Basta de este juego ridículo, se hace tarde.

Samuel: ¿Juego, dices? Para ti lo será, que nunca te has tomado nada realmente en serio, remedo de Sancho. Me cuesta el alma empezar el día sumido en esta colmena de decepciones que es la vida, con el miembro flácido al aire y una gotita amarilla tan tímida que apenas y se asoma. ¿Basta me dices? No, Óscar. Bastado estoy, es más, sobrado. Y encima con tus reclamos.

/

Óscar: Lo siento, viejo.

Samuel: ¡¿Viejo?!

Óscar: Papá. Lo siento. ¿Quiere su merced terminar con esta angustia provocada por esa maldición que la bruja del oeste colocase sobre usted después de la batalla perdida?

Samuel: Te esfuerzas, sacamuelas. Y lo valoro. Has mezclado tanta palabrería mitológica que seguro ni entiendes. Venga pues, vamos con tu alquimista de las pociones a solucionar el problemilla.

Óscar: De problemilla no tiene nada.

Samuel: Tranquilo, que estaré bien.

Óscar: Papá, ¿podemos hablar? ¿Como adultos?

Samuel: Que eso somos y hablamos. Por tanto/

Óscar: ¿Qué vamos a hacer si los resultados del análisis son malos?

Samuel: Los resultados son eso, Óscar: resultados. Ni te abrume ni te angustie. Ya veremos.

Óscar: ¿Tienes seguro médico? ¿Algo?

Samuel: Pues recuerdo que en alguna de esas cosas me has metido, ¿o me equivoco?

Óscar: ¿Cómo no vas a saberlo?

Samuel: Pues así, sin saberlo. Bueno, ¿tengo ese tal seguro?

- Óscar:** De gastos mayores. Pero tiene un límite, papá.
Todo lo tiene.
- Samuel:** Menos la imaginación.
- Óscar:** Te hablo en serio.
- Samuel:** Y yo así te contesto. Que no estés de acuerdo es otra cosa, pero se discute y punto.
- Óscar:** ¿Tu pensión?
- Samuel:** Suficiente para vivir de hoy a lo que la alquimista nos diga que me queda.
- Óscar:** Si llegas con esa actitud ya llevamos desventaja.
- Samuel:** ¿Desventaja? ¡Pero si los exámenes me los he hecho hace dos semanas!
- Óscar:** Y ese día tu conducta estaba aún peor.
- Samuel:** Total de que a ti nunca te gusta mi talante. Pues déjame decir algo: ¡vuestra actitud es aún peor, mozalbete insolente!
- Óscar:** ¡Habla bien, por Dios!
- Samuel:** Y tú compórtate bien, como un hijo con su padre.
Un poco de empatía, de gracia, de garbo para el hombre que te lo ha dado todo. Se agradecería.

Óscar: ¡Me tienes hasta la madre, papá! ¿Vamos a ir o no?

Samuel: ¡Vayamos, pues! Cumplamos tu berrinche.

Óscar: Si te parece un berrinche, cancelo y ya. Al fin que no creo que una noticia o la otra cambie algo en ti.

Samuel: Nos quedamos, entonces.

Óscar: ¡Pues nos quedamos!

/

Samuel: Aunque ya estás aquí. ¿Y qué perdemos al ir con la galena?

Óscar: Está bien, papá. ¿Desayunaste?

Samuel: Algunas hierbas, un poco de cebolla, queso y pan.

Óscar: ¿Qué?

Samuel: Me terminé la pizza de ayer. Le ponía un poco más de elegancia al asunto.

Óscar: Cuando llegues con la... ¿cómo le dijiste?

Samuel: Con el nombre que le confiere su profesión: la galena.

- Óscar:** Con ella. Bueno, cuando llegues/
- Samuel:** Con la galena.
- Óscar:** Con la galena, por favor, trata de ser concreto.
- Samuel:** Siempre lo soy. Esa indicación deberías dársela a ella y un poco tomar el consejo para ti mismo.
- Óscar:** Yo no soy el que divago entre la realidad y la ficción.
- Samuel:** Ficción, dices, y me burlo. Yo —a lo más— romantizo la vida. Pero lo que son tú y esa bruja/
- Óscar:** ¿Ya no es galena?
- Samuel:** Una hembra llena de conocimiento. En fin, que la bruja/galena/alquimista y tú, comparten una serie de términos para deshumanizar el lenguaje, para matar la magia propia del mundo. Todo lo dividen entre muerte y vida, bien o mal, cuidado o sin cuidar, polos tan alejados uno del otro que no dan cuenta de la belleza que se esconde en el Ecuador de las cosas.
- Óscar:** Ay, papá. Sólo trata de contestar con honestidad. ¿Te parece?
- Samuel:** Siempre.

/

Óscar: ¿Y si esto que te inflama la vejiga es un tumor? ¿Si es algo más grave? ¿Si es inoperable? ¿Qué vas a hacer?

Samuel: No sé, hijo.

Óscar: Yo tampoco.

/

Samuel: Por cierto, Óscar. Ha salido poco, pero yo diría que pura sangre.

Óscar: Vamos.

II

Óscar y Samuel en el auto

Óscar: Papá. Qué palabra. En su significado lleva una cosa, pero no creo que alcance para definir absolutamente nada.

Samuel: Navegar en la carroza del hijo mío es tortuoso. Cuero sin curtir en todas partes, un olor falto de historia que envenena el ambiente y un pequeño zumbido que lucha por abandonar su refugio, pero que Óscar, tan aburrido como es, se niega a liberarle. ¡Venga, Óscar! Al menos sube el volumen.

Óscar: Así está bien.

Samuel: Claro que le gusta así. Tan quedo, tan falto de agallas, tan escondido como su personalidad.

- Óscar:** Papá. Qué terrible vernos tan iguales y sentirnos tan diferentes.
- Samuel:** Bajo la ventana. ¡Un poco de aire, maldita sea! Un poco de conexión humana, de vigor, de brío. De viento que despeine los escasos cabellos que me quedan. ¡Acelera, Óscar! ¡Acelera y saca también la cabeza! (*Óscar sube la ventana desde su lado*) ¡Rapaz! ¡Que me atrapas!
- Óscar:** No juegues.
- Samuel:** No juego. Vivo.
- Óscar:** Ya vamos a llegar.
- Samuel:** Deberías intentarlo alguna vez.
- Óscar:** Ya saqué la cabeza por la ventana muchas veces, de niño.
- Samuel:** ¡Lo que quiero es que saques la testa, pero del caparazón en el que vives, hijo!
- Óscar:** Así me siento cómodo.
- Samuel:** ¡Bah! Comodidad. (*Pausa*) Cagalindes.
- Óscar:** Sé lo que eso significa.
- Samuel:** Pero claro que lo sabes, si eres la personificación de

la palabra.

Óscar: No te pases, viejo. Yo te aguanto el cuento, pero he sido otro y ya te habría cimbrado de un chingazo.

Samuel: ¡Ja! Eso quiero verlo, Oscarín. Venga, estaciona y prueba mi viejo uno-dos. No te culpo si te asusta.

Óscar: Ya, estate quieto.

Samuel: Cagalindes, cagalindes, cagalindes. ¡Mi hijo es un cagalindes! Y tanto, que tiene miedo de negar que lo es. ¡Venga, cagalindes!

Óscar: Ya estuvo bueno. ¿Eso quieres? (*Frena en seco*).

Samuel: ¡Vaya acto de gallardía! Pero se ha perdido el caso.

Óscar: ¿Qué?

Samuel: Ya pasó el momento, lo que antes me motivaba ya no está. Por eso mejor es aprovechar el momento. Además, mira, estamos a no más de media legua del laboratorio de la galena.

Óscar: Está bien.

Samuel: (*Pausa*) Igual te hubiera destrozado.

Óscar: Sí, anciano.

Samuel: Lo sabes y lo sé.

- Óscar:** Ay, papá... / Cómo quisiera /
- Samuel:** Yo también, hijo.
- Óscar:** Pórtate bien, por favor.
- Samuel:** Me veo en el espejo de la visera. Soy tan viejo. Me causa gracia serlo y no sentirme así, como se supone que debería. Tengo ganas de seguir cabalgando, de sacar otra vez la cabeza, aunque el ogro me atrape de nuevo. De robarle un poco el volante a mi hijo y llevarlo a cualquier sitio como cuando niño, cuando podía rezongar, pero no evitarlo. Cuando llegábamos a algún lugar y decía con ese tono soberbio suyo:
- Óscar:** Pues no está tan mal.
- Samuel:** Y una sonrisa socarrona se le escapaba de la boca. / Eh, Oscarín, ¿a que cabalgar al aire libre no te vino tan mal?
- Óscar:** El caballo me ama, papá.
- Samuel:** Y no es el único. / Y ahora, más viejo que su viejo. Qué tiempos aquellos, cuando no lloraba. ¿Qué tienes?
- Óscar:** Nada. ¿Listo? Cuidado al bajar.

- Samuel:** Cuando conectábamos. Adelante.
- Óscar:** Papá, antes de entrar/
- Samuel:** Me comportaré. Palabra de caballero.
- Óscar:** Sí. *(Pausa)* Necesito que te portes completamente bien.
- Samuel:** La promesa de este hidalgo es inquebrantable.
- Óscar:** Papá, no me avergüences, ni te avergüences.
- Samuel:** ¿A qué os referes, eh?
- Óscar:** Por favor, usa tu voz.
- Samuel:** Que ésta es.
- Óscar:** Por favor.
- Samuel:** Vale, chaval.
- Óscar:** Ahora estás exagerando.
- Samuel:** No, mi estólido amigo. Si el que exagera sos vos.
- Óscar:** ¡Habla bien, chingada madre!
- Samuel:** *(Lo cachetea)* ¡Respétame, hijo de puta!
- Óscar:** Eres un niño. Carajo, eres un niño.
- Samuel:** Y tú un viejo insoportable. ¡Venga ya!

Óscar: ¡Despierta, papá! ¿Qué no te importa nada? ¿Ni siquiera tu salud? Sal de esa burbuja, Quijote de cagada. Eres de Camargo, entiéndelo; no de algún lugar distante, y yo definitivamente nunca seré tu Sancho. ¡Eres-de-pinche-Camargo! Grábatelo bien.

Samuel: *(Pausa. Retomando su acento natural)* Eso lo sé, Óscar. No necesitas recordármelo. ¿Vamos? *(De nuevo acento quijotesco)* Óscar entra en la sala como si fuera sobre su rocín y se aleja de mí, como siempre, con ese intento constante de dejarme atrás. Camino dando zancadas, para no perderlo del todo, pero mi pecho oprimido me recuerda mi edad, que estoy viejo, que probablemente soy sólo un orate funcional. Y que quizás hoy, en este consultorio, me den la fecha de mi muerte.

III

Doctora: No se ve bien.

Samuel: ¡Genia! ¡Maga! ¡Alquimia pura! Contaros algo que no sea evidente.

Óscar: Es un tumor, ¿verdad? Lo sabía. Te lo dije. Se lo dije, doctora.

Doctora: No me refiero a eso.

Óscar: ¿Entonces?

Samuel: ¡Ja! Que es más tonto que Abundio. Te equivocas, Óscar. Te equivocas.

Doctora: La situación es delicada/

Samuel: Dice «delicada». Que pudo decir cualquier otra palabra, pero dice esa: de-li-ca-da. Lo que coloca a mi situación como una funámbula cabalgando el

viejito. Al próximamente difunto.

Óscar: A mí.

Samuel: Eso no es necesario. Puede llamar a mi número, doctora, que para algo debe servir este aparatejo desgraciado. Mi hijo no tiene tiempo de atender estos asuntos.

Óscar: Necio.

Samuel: Óscar se levanta, enojado, como siempre. Una cara a mí, otra muy diferente a la galena.

Óscar: Vámonos.

Samuel: Salimos. En silencio y rápido. Espera, insensato. Que no sé si me muero hoy u otro día. Que no sé ni qué dicen los análisis ni qué es aquello delicado. Pero no para, casi corre. Huye de mí o de la situación o del consultorio o de todo. ¡Óscar, aguarda!

Óscar: Vámonos, voy tarde.

Samuel: Tarde llegas, pero a la vida.

Óscar: ¿Qué opinas?

Samuel: ¿De qué?

Óscar: Clásico. Olvídalo.

- Samuel:** No entendí una mierda.
- Óscar:** ¿Tanto te cuesta?
- Samuel:** Te lo digo en verdad. El ruido aquel no me ha dejado escuchar nada claro.
- Óscar:** ¿Cuál ruido? Vamos a ver si el otro doctor piensa igual y si hay que... hacerlo. Voy a revisar lo del seguro. A menos que creas que no tiene caso/
- Samuel:** ¿Qué no tiene caso?
- Óscar:** Ya sabes. (*Pausa*) Pero tú no te preocupes por nada, papá. Vamos a estar bien, viejo. Vas a estar bien.
- Samuel:** Que estoy bien. Un poquito de sangre en la pija, pero nada más. Estoy tan bien como confundido. El corazón me palpita como si una caballada salvaje corriera dentro de mi pecho. ¿Por qué tan triste, Óscar? ¿De qué me perdí? El pi, ese maldito piiii. ¿Óscar?
- Óscar:** Vamos a estar bien. Vas a estar bien. Ya, papá. No pensemos más en eso, ¿está bien? ¿Tú cómo te sientes, viejo? Yo te veo bien. Yo te veo muy bien.
- Samuel:** Maravilloso, hijo. Maravilloso. / Para qué seguir presionando a la realidad cuando el pequeño entra

por cuenta propia a la fantasía. Oscarín. Quiero limpiar la lágrima traidora que escapa por debajo de sus lentes. Pobre hombre. Tiene la vida resuelta pero una mala noticia, porque supongo que es mala, y todo se le desmorona. Subimos de vuelta a la carroza, en un silencio que ya no es incómodo, un silencio que Óscar rompe.

Óscar: Papá, siento lo de hace un rato. Siento lo de siempre. Soy un/

Samuel: Un cabrón. Sin duda. Pero eso es pura herencia de Dulcinea, que Dios la tenga en su gloria.

Óscar: Sí. Supongo que sí.

Samuel: Ya vas tarde.

Óscar: No importa.

Samuel: No te desvíes. Déjame en el Walmart.

Óscar: Te van a llamar. Mejor que estés en casa.

Samuel: Me va a llamar al móvil. Además, si me quedo encerrado voy a estar mirando al aparatejo hasta que se decida a sonar, lo que puede ser en minutos o hasta mañana. Prefiero caminar y distraerme allí.

Óscar: ¿A Walmart, entonces?

Samuel: Lo dicho. ¿Te parece raro?

Óscar: No. Bueno, un poco.

Samuel: Pues así es vuestro padre.

Óscar: *(Suspira. Cambia un poco su acento al fingido españolado)*
Así sos.

Samuel: ¿A que no es tan complicado?

Óscar: Salgo en dos horas. ¿Paso por ti?

Samuel: Pacto de caballeros.

Óscar: Pendiente del teléfono, por favor.

Samuel: Odio a este hijo de puta. Pero listo, prendido y funcionando... creo.

Óscar: Te lo dejo en sonido. Con cuidado, viejo.

Samuel: Ya, largo. Estaré bien.

IV

Samuel: Bajo del auto al tiempo que Óscar se aleja, que vuela entusiasta de regreso al sedentarismo. Frente a mí, el molino moderno; con su fondo azul celeste, con sus letras aperladas que se imponen en el firmamento y un pequeño sol retándome a ingresar en sus entrañas. ¡Oh, poderoso titán, te enfrentarás a mi furia! Crees que el cliente es tu aperitivo, pero yo seré tu perdición. Y voy, con la valentía de Jonás, a entrar en mi ballena particular. Avanzo dos pasos y suena la maldita máquina comunicadora. ¿Bueno? ¿Del banco? ¡A la mierda! Que espero una llamada. Cuelgo rápido y regreso a mi hazaña. ¿En qué estaba? Ah, claro: Jonás. O Samuel, el gallardo, el hidalgo, el matagigantes; el que encuentra a Rocinante pastando solo en la entrada y lo doma con una habilidad única, producto

—sí— de la experiencia, pero también de la virtud nata, de haber sido tocado por los espíritus de los reyes antiguos. Las fauces de la bestia se abren ante mí en brutal trampa, zig-zag, hace la mandíbula perversa y apenas algunos de los otros guerreros pueden abandonar su travesía, zig-zag, corren los abatidos, con la moral desecha y los hombros desmoronados al saberse insuficientes para este encargo, zig-zag, y en un acto de pericia atravieso intacto para ingresar al coloso.

Dependiente: Buenos días, bienvenido a Walmart.

Samuel: Ah, mi buen campesino. Tranquilo, ya estoy aquí.

Dependiente: ¿Perdón?

Samuel: Disculpe. Buen día. / ¿Serás tú, Sancho querido? Que atrapado en las fauces de este gigante has perdido no sólo tu talento sino tu memoria. Pero tranquilo, Samuel, que no podemos sólo agitarlo y obligarlo a ceder, pues los encantos a los que está sometido deben ser grandes y peligrosos. Actuemos con cautela. / Eh...

Dependiente: ¿Señor? ¿Se le ofrece algo?

Samuel: ¡Me llama señor! ¡Claro que en su memoria algo

recuerda! / Nada... / ¿Cómo nada, Samuel? No le pierdas. / Perdón, ¿el departamento de salchichonería?

Dependiente: Ahí. Derecho. Donde dice «salchichonería».

Samuel: Ah, esquivo el chico, pero no me rindo. / ¿Me puede ayudar? Ya sabe, la memoria no es la de antes y la edad traba las piernas.

Dependiente: Claro, claro.

Samuel: Parece confundido, seguro que el hechizo es fuerte, pero nuestra conexión debe serlo más.

Dependiente: De aquí sigue derecho. Y listo.

Samuel: Faltarán algunas leguas, ¿no?

Dependiente: No, son dos pasillos.

Samuel: Para ti quizás, ¿S. Pérez?

Pérez: Salvador. Era muy largo para aparecer en el gafete.

Samuel: Pérez... Pares... ¡Panza! Sabía que estaba en lo cierto. Acompáñame, Pérez. Venga.

Pérez: ¿Se encuentra bien? ¿Quiere que le llame a algún familiar?

Samuel: No, no se te ocurra. Estoy bien. / A ver, piensa

Samuelillo, salva a esta pobre alma. Un último intento: ¡Pérez!

Pérez: Dígame, señor.

Samuel: Me apetece cabalgar en Rocinante, ¡hala!

Pérez: ¿Su carrito?

Samuel: ¡Haga lo que le digo! Pérez duda y me observa subir al rocín. ¿Qué dices, escudero, te embarcas a la aventura? Y entonces aparece, su sonrisa cómplice, ¡esa!, ¡esa que tan bien conozco.

Pérez: Sí, de inmediato.

Samuel: Llévenos, Pérez.

Pérez: ¡A salchichonería!

Samuel: ¡Con valor!

Pérez: ¿Pero sin armas?

Samuel: Jolines, es cierto. ¿Sugerencias?

Pérez: Hagamos una parada rápida en el pasillo tres.

Samuel: ¿Es que tienes el valor?

Pérez: No, pero cuento con usted, caballero... ¿caballero?

Samuel: Samuel. A secas.

- Pérez:** Don Samuel, entonces.
- Samuel:** Bueno, no es necesario/
- Pérez:** ¡Don Samuel!
- Samuel:** Aunque me gusta. ¿Qué encontraremos en el pasillo tercero?
- Pérez:** Una cuidadosa selección de armas, un tesoro para cualquiera que tenga conocimientos sobre ellas.
- Samuel:** Llevadme, Pérez. Avanzamos sobre Rocinante, el metálico, con temores, pero con esperanza de encontrar aquella indumentaria que sirva para nuestra aventura. Con Pérez recordando poco a poco su historia como escudero y mi corazón hinchado de volver a las andanzas propias del hidalgo.
- Pérez:** Por aquí, don Samuel. Siga, caballero. Ahí las tiene: la más fina selección de armas, traídas desde los más remotos confines de la Tierra.
- Samuel:** Sin duda son buenas piezas. Dadme aquella que tiene la empuñadura dorada, Pérez.
- Pérez:** Con gusto.
- Samuel:** Es buena, ligera al agarre y se adapta a mis manos. Sólo quizás muy endeble para la misión que nos

compete. Veamos el arma celeste que está al lado.

Pérez: Ésta es pesada.

Samuel: Para ti, Pérez. Que eres joven y debilucho, pero para... ¡La puta que la parió, vaya que es pesada!

Pérez: Encontraremos la ideal. ¿Qué le parece la verde?

Samuel: ¿Verde, Pérez?

Pérez: ¿No le gusta el verde?

Samuel: ¡Amo el verde! Pero que el verde no sólo es verde. El verde es el color de la vida y, dependiendo del poeta, hasta el de la muerte. Al verde se le puede llamar el color olivo, color vegetación, color naturaleza, esperanza, dicha, festejo, ¿pero verde a secas? ¡Busque la metáfora en la vida, Pérez! Ahora, vuelva a ofrecerme la escoba. Digo, mi lanza.

Pérez: A ver, don Samuel, ¿le gustaría posar sus garras de guerrero sobre la mítica lanza de los caballeros aceituna?

Samuel: Con sus altibajos, Pérez, pero algo ha conseguido. Venga, dame acá. ¡Pero es perfecta! Balance, peso, conexión. Ah, mi fiel amigo, sabías de lo que hablabas.

Pérez: Tres veces empleado del mes.

Samuel: Y hoy, (*con la lanza*) lo condecoro como escudero oficial de este hidalgo y su aventura. ¿Promete recibir esta distinción con los brazos y el corazón abiertos y entregar su vida, de ser necesario, por nuestra causa?

Pérez: Será el honor de mi existencia.

Samuel: Pues ya está. Ahora que nos hemos armado, a buscar los vegetales para satisfacer las barrigas en los campos que se miran a lo lejos.

Pérez: ¡A toda marcha, caballero!

Samuel: Subo de vuelta a Rocinante y Pérez empuja. En el andar, me es inevitable pensar en Óscar. En que este Sancho pudo haber sido él y que lo fue algunos años. Y pienso también en la muerte. ¿Qué pasará? ¿Será el paraíso prometido o sólo un silencio oscuro y eterno? Vive, Sancho Pérez, vive mientras tu vejiga te lo permita. Vive mientras la sangre corra por tus venas y no por tu uretra. Cruzamos pasillos y montes, imbatibles y regios, nada detiene nuestro andar, ¡nada! Hasta que unos ojos coquetos hipnotizan a Sancho y detienen nuestro camino. ¿Qué

mierda, Pérez?

Pérez: Péreme tantito, Sam.

Samuel: ¡Qué vulgar! Tan pueril, tan poco escudero.

Pérez: Qué onda, María.

Samuel: Y María, que quizás ni es su nombre, hace como si nadie estuviese parado ahí. Apenas y asiente con el rostro hastiado de quien ve sus pensamientos interrumpidos. Pero el gazzápiro sigue:

Pérez: Yo aquí ayudando a mi Sammy.

Samuel: «Ah», responde ella. ¿Y qué otra respuesta esperaba ante tan reducido lenguaje? Debo salvarlo antes de que termine por tirar a la borda la última gota de dignidad que le queda. ¡Nos vamos, Pérez! Ah, pero el ingrato insiste.

Pérez: Voy a estar en salchichonería, por cualquier cosa. Adiós, María.

Samuel: Ya, muchacho.

Pérez: ¿La vio, don Samuel? ¿No es la flor más bella del ejido?

Samuel: Distinción, Pérez. Distinción y elegancia.

- Pérez:** ¿No le parece, don Samuel, que se trata de la mismísima Dulcinea?
- Samuel:** ¡Ja! Buena ésa, querido. Mira, no quiero ofender tus gustos, pero de Dulcinea tiene lo que tú de caballero. Ésa es una maritornes cualquiera.
- Pérez:** ¿Quién?
- Samuel:** Una puta, pues.
- Pérez:** ¡No se pase, viejo mamón!
- Samuel:** ¡Distinción y elegancia, Pérez!
- Pérez:** ¡Se lo advierto!
- Samuel:** Venga ya, que no te juzgo. Sólo digo que está quitahipos la criatura. Basta pues. Veo un corazón hinchado de amor por la... fémina, pero una lengua muy torpe para enlazar palabra que la haga ceder ante tus limitados encantos. ¿Le has dicho algo?
- Pérez:** Que si salimos, y nada.
- Samuel:** ¿Que si salen? ¿Y todavía te sorprende su indiferencia?
- Pérez:** ¿Qué le diría usted?
- Samuel:** ¿Yo? Que se retire el tinte de los cabellos, que se

suba los pantalones a la cintura y que se compre otro perfume. Sólo para empezar.

Pérez: En mi lugar, señor.

Samuel: Ah. Pues que la encuentro increíblemente encantadora; que venir a encerrarme en las fauces de este titán de mierda todos los días tiene sentido porque me topo con sus ojos aun a la distancia, que los pasillos y las cloacas se muestran multicolor cuando su presencia está cerca y que, si no me quiere, pues que no me quiera, porque el cariño y el amor que le profeso es tanto que me basta por los dos. Así de primera mano, algo por el estilo.

Pérez: ¿Qué dijo después de mierda?

Samuel: Ay, muchacho. Que le digas lo que piensas de ella y ya, pero con poesía.

Pérez: No todos tenemos poesía.

Samuel: La tienes, porque la poesía es la verdad. Y si lo que vos sientes por tu maritornes es honesto, pues saldrá solo. Vaya, que te plantes frente a ella y le hables sin pretensiones ni falsas poses. Pero ve, Pérez. ¡Ve!

Pérez: Que sea lo que el creador quiera.

Samuel: O lo que vos desees. Y arranca Pérez como un loco de vuelta en la búsqueda de su loca. Los cabellos multicolor de Maritornes se levantan detrás de la montaña de caramelos internacionales. Primero: indiferencia, la misma cara de hace un rato. Pérez baja la cabeza tan profundamente que puede mirar el inframundo desde ese ángulo, pero su boca no se detiene, sigue hablando como un loco, como si quisiera quemar sus naves de una. Debo salvarlo, ¡aborta la misión, Pérez! Debo impedir que sus ya de por sí reducidas oportunidades se tornen a la nada. Arranca, Rocinante, ¡que este palurdo va a arruinarlo todo! ¡Deteneos, Pérez! Pero los labios se mueven de arriba para abajo en un incesante escupir palabras que sabe Dios qué liendres dirán, pero, ¡un momento, Rocinante! ¿Que la dama ríe? Ah, pero no de burla, mi fiel corcel. Eso es coquetaría pura. ¿Lo ha conseguido? ¡Lo ha conseguido, maldita sea! Nunca creí en él, pero ¡la puta madre!, qué bueno soy aconsejando. ¿Has visto desde allá arriba, Dulcinea? Aún tengo el toque, maja. Pérez regresa triunfante, pleno, a nada de volverse un

verdadero caballero. ¿Qué tal ha ido, muchacho?

Pérez: Sólo hablé. De una. Se lo dije todo. Que pensaba que era lo más bonito que le había pasado a este Walmart en la historia y en cualquier sucursal. Sin detenerme, sin dudar, con honestidad. Como me dijo, don Samuel.

Samuel: Grande, Pérez. Muy grande. ¿Y a qué aventura le has de llevar?

Pérez: No lo sé. A los Campos Elíseos, a las montañas, a las soleadas playas, a cualquier sitio. ¡A vivir, don Samuel, a vivir!

Samuel: Pues tienes mi bendición, Pérez.

Pérez: Don Samuel, ¿puedo pedirle algo más?

Samuel: Más que mi sabiduría no encuentro qué podría otorgarte, pero habla sin timidez, que en el pedir está el dar.

Pérez: ¿No tendrá usted algunas piezas de oro que prestarme para agasajar a mi dama?

Samuel: ¿Pide dinero, Pérez? ¡Qué rastraceros!

Pérez: No lo pido yo, lo pide el monstruo del capitalismo. Venga, don Samuel. Algo traerá.

- Samuel:** Pues nada, muchacho. Le pides peras al olmo, compostura al roto, alegría al decaído.
- Pérez:** Bueno, entiendo, don Samuel. Continuemos con nuestro viaje.
- Samuel:** ¡Esa es la actitud, majo! Empuja a Rocinante y llévame a los pastizales que están a dos leguas de aquí.
- Pérez:** ¡Ah! ¡Cuidado, don!
- Samuel:** ¿Qué pasa, Pérez? ¡Habla, por los dioses!
- Pérez:** Algo se mueve entre sus pantalones.
- Samuel:** ¿Qué dices, tonto?
- Pérez:** Justo en su bolsa. Tranquilo, don Samuel, que lo retiro de inmediato.
- Samuel:** ¿Qué haces, muchacho?
- Pérez:** ¡Ah, justo aquí! Y vaya que es grande, eh (*Saca su cartera del pantalón y luego los billetes*), viene acompañado de algunos otros, pero yo lo defenderé.
- Samuel:** (*Volviendo al tono normal de su voz*) Detente ya, niño.
- Pérez:** ¡Ah, capitalistas malditos! Dejad en paz a este honorable caballero.

- Samuel:** Dame eso, Salvador.
- Pérez:** ¿Y el acento?
- Samuel:** Lo maravilloso de la convención es jugar en los mismos términos, si uno de nosotros la rompe, entonces ya no hay ficción. Se transforma en un chiste burdo, una broma de mal gusto. No estoy loco, Salvador, y mucho menos soy imbécil. Así que creo que mejor lo dejamos aquí.
- Pérez:** Perdón, don Samuel. No sé qué me pasó.
- Samuel:** Lo que les pasa a todos: pensaste que una oportunidad era mejor que un juego.
- Pérez:** Igual ya me había aburrido.
- Samuel:** Como todos. Sin embargo, hasta este terrible y desafortunado momento, ha sido divertido.
- Pérez:** Pinche viejo mamón.
- Samuel:** Como todos. *(Retomando el acento)* ¡Adiós, Pérez!

V

Samuel: ¿Qué sentido tiene cabalgar en un mundo donde todos necesitan ser salvados, pero nadie quiere serlo? Ah, Rocinante, todo cambia. Hasta los pasillos de este coloso se desdibujan ante la pesadumbre que genera cada día de nueva existencia. Hasta tú, mi fiel corcel, de pronto me empiezas a parecer cada vez más lleno de ruedas, de fierros y de sonidos cotidianos. La vida no nos permite soñar porque la ensoñación perturba al sistema y es lo que menos le gusta. El monstruo está aquí, Samuel, se llama aburrimiento y es venerado por todos. ¿Y la llamada? ¡Un coño! Aquella cosa de-li-ca-da que ha de pasarme, no parece ser tan importante como para realizar un aviso temprano. Igual Óscar ya debe estar por llegar y este titán empieza a darme más sueño que ganas de combatirlo. Salgamos, Ro-

cinante. Caja de servicio uno: ocupada; dos: llena; tres: cerrada; cuatro: ¡que la tres abre! ¡Corre, Rocinante! ¡Corre! / Ah, pero si sos vos.

Pérez: Si quiere puede formarse en otra caja.

Samuel: Déjalo. Si es contigo o con otro, da lo mismo; son simples botarates aprovechados.

Pérez: ¡Ya, don Samuel! La cagué. Pero nos divertimos, ¿no?/

Samuel: El mamarracho sigue hablando, pero su voz se opaca al momento en que sucede, ¡al fin sucede! / ¡Me cago en la puta!

Pérez: ¿Todo bien? ¿Don Samuel, algún problema?

Samuel: ¿Algún problema? ¿Algún problema, gagnápiro? No, ninguno. Sólo la angustia de vivir siendo consciente del fin de mi ser. ¿Problemas? Tal vez los tengo, pero si te los contara, ¿qué?, ¿eres galeno especializado en cangrejo? ¡No! Eres sólo Salvador, ése que no sabe ni sostener a su personaje en la más superficial de las realidades. Y yo, ¿qué soy? Un anciano asustado al que todo lo que le queda es este tic tac que tiene su palpitar en máxima potencia. ¿Escuchas? Ese timbre, heraldo de la muer-

te, sonando desde mi bolsillo, emite el mismo eco que tendrán las campanas del templo donde seré velado. Mi problema es quizás que comí demasiado tiempo los productos que salen de este vasto establecimiento de ultramarinos y hoy, ante la inevitable ironía de la vida, ¡hoy!, es donde recibiré la noticia de un inquilino indeseable en mi vejiga. / Pero aquí estoy, de pie, listo para caminar sólo hasta que las fuerzas me cojan en falta, aguantando mientras la luz de mi vida se apaga antes de lo debido.

Pausa.

Pérez: ¿Señor?

Samuel: Perdón, Salvador. Sí. Todo bien. Gracias... / Y me alejo ante su mirada atónita. ¿Gracias dijiste, macandón? Tengo que salir y rápido. El artefacto calla y luego vuelve a sonar. La insistencia de la mortaja que me arropa. ¡A decir adiós a esta vida, Samuelito! / ¿Tengo las manos en vibrato y la pierna en pleno sismo? Debo salir, abandonar el nido de la desesperanza y tomar aire, ¡aire! Que no te vean débil antes de tiempo, Samuel. Demuéstrales

que a pesar de los diagnósticos y los timbrados incesantes todavía puedes, zascandil. ¿Por qué el aire sigue estando tan pesado? ¿Por qué las llamadas del infierno no cesan? Debo ser un monumento a la torpeza, un ensayo fallido de un hombre evitando que las ruedas de su última compra de alimento se vayan al abismo. Debo saberlo, tomar este aparato de moderna esclavitud y afrontar la tortuosa realidad.

Pérez: ¡Samuel, aguas!

Samuel: La voz del mozalbeta infame me devuelve a la realidad. ¡Que Rocinante se desliza pendiente abajo! Abandono la idea de tomar el artefacto que repica, y voy tras mi corcel. ¡Regresa, bestia sin domesticar! El viento se me estampa en la cara y llena mis pulmones de nuevo. Corro. ¡Aguarda, Rocinante! ¡Grito! ¡Y qué dicha es gritar y que todavía puedo hacerlo! Y río, ¡y qué dicha es reír y que siempre lo he hecho! Lo alcanzo, tomo sus riendas, pero no lo detengo. ¡Que rueda, que baje, que cabalgue! ¡Vamos juntos, Rocinante! El molino se queda a nuestras espaldas. Grito cuando veo a Óscar a lo lejos. ¡A por nuestro destino, vuela, equino! Sobre mi fiel

corcel, dejo atrás a mi Sancho de cabellos morados que se asoma desde su incredulidad en las orillas del titán. Escucho al móvil que continúa resonando desde mi bolsillo, pero la voz que incita a la aventura es más fuerte. ¡Óscar, por aquí!

Óscar: ¡Papá, cuidado! Es lo único que puedo decir antes de verlo volar. Mi papá se estrella contra un auto que sale en reversa.

VI

Óscar: ¿Papá? ¿Estás bien?... No me dejes, no ahora/

Samuel: ¿Cómo te voy a dejar, insensato de mierda? Que la muerte la traigo en la vejiga, mis huesos son los de un mozo. Ayúdame a levantar. ¿Alguien más vio lo que pasó?

Óscar: Todo el mundo.

Samuel: Qué mejor. ¡Estoy bien! Gracias a todos por preocuparse, ¡ah, mi puta espalda!

Pérez: Don Samuel, ¿cómo está?

Samuel: Bien, Pérez. Un poco dolorido, ese Rocinante no mira muy bien de frente, eh.

Pérez: Le ayudo.

Óscar: Hazte a un lado, nosotros podemos.

- Samuel:** Déjalo, Óscar, que es mi escudero. Pérez, éste es Óscar: mi hijo.
- Pérez:** ¿Se siente bien?
- Samuel:** Evidentemente no, Pérez. Pero sobreviviré. ¿Y el aparato?
- Óscar:** Mira nomás cómo lo dejaste. Se destruyó la pantalla. ¿Te llamaron?
- Samuel:** Sí, justo.
- Óscar:** ¿Y?
- Samuel:** No contesté.
- Óscar:** Pero estabas jugando en el estacionamiento. ¡Qué voy a hacer contigo, papá!
- Pérez:** No le hables así.
- Óscar:** ¿No tienes una caja que atender o un piso que limpiar?
- Samuel:** Qué insolente, Óscar.
- Pérez:** Vine a cuidar de tu padre, que estaba solo/
- Samuel:** Tú también guarda silencio, Pérez, que no me tienes muy contento. No contesté porque he decidido que me niego a saberlo.

- Óscar:** ¿Qué?
- Samuel:** Eso. Que he resuelto vivir en la ignorancia, pero en paz.
- Pérez:** ¿Qué no quiere saber?
- Óscar:** Cállate, Pérez. / ¿Te volviste loco?
- Samuel:** Siempre dices que lo estoy, qué más da probarlo.
- Óscar:** Voy a llamar yo.
- Samuel:** ¡Que no!
- Óscar:** Cómo no.
- Samuel:** ¡La Dulcinea que te parió, hijo! Que Dios la tenga en su gloria. Te estoy diciendo que mi decisión es no saberlo más. Que si me muero, pues me morí y ya está. Y si vivo, voy a aprovechar el tiempo y no lo pasaré en la angustia.
- Óscar:** No tiene sentido lo que dices. Voy a llamar.
- Pérez:** Don, su teléfono suena.
- Óscar:** Mejor aún. ¿Hola?
- Samuel:** ¡Cuelga el aparato ya mismo!
- Óscar:** ¿Bueno? ¿Hola? ¿Doctora? Inentendible, también

jodiste la bocina. Le llamo desde el mío.

Samuel: ¿Que no ves las señales, Óscar?

Óscar: No.

Pérez: ¿Pues qué tiene, don Samuel?

Samuel: ¡Nada! Estoy como un crío.

Óscar: Un crío con cáncer.

/

Samuel: ¿Eso tengo?

Óscar: Pues no, todavía no, pero escuchaste a la doctora.

Samuel: No escuché un carajo.

Óscar: Madura, papá. La llamo.

Pérez: ¿Entonces?

Samuel: No tengo puta idea, Pérez. Pero mejor, eh.

Pérez: Oye... Óscar. ¿Y si mejor no le llamas?

Óscar: ¿Quién diablos eres?

Pérez: Soy un amigo de tu padre.

- Samuel:** Bueno, tanto como amigo /
- Pérez:** Sammy, ya le pedí perdón.
- Samuel:** Me refiero a que eres más mi subordinado, mi patino, mi escudero. Mi Sancho Pérez. Eso.
- Pérez:** Y su amigo. Sólo digo que si no está listo para saber, no le obligues.
- Óscar:** Un necio se junta con un tonto. Qué pareja.
- Pérez:** ¿Y yo soy/?
- S y O:** El tonto.
- Samuel:** En definitiva.
- Óscar:** ¿Bueno?
- Samuel:** Hijo, espera / Pérez, ven acá. Cúbreme los oídos.
- Pérez:** ¿Así?
- Samuel:** Qué manos más suaves, robaperas. Les falta trabajo/
- Óscar:** Papá...
- Samuel:** ¡Fuerte Pérez, que le escucho!
- Óscar:** Lo siento, papá.

/

Samuel: Las manos de Pérez aflojan, los ojos de Óscar aflojan. Mi respiración afloja. Imagino que están seguros...

Óscar: Sí.

Pérez: ¿Don Sammy? ¿Qué pasa?

Samuel: Pasa que son pocas las aventuras que le quedan a este caballero antes de recobrar la cordura, mi fiel amigo. ¿Cuánto tiempo?

Óscar: Tenemos que ir a quimioterapia. Es etapa 3, aún no hace metástasis. / No hay nada escrito. Es un pronóstico más favorable del que esperábamos.

Samuel: Metástasis... qué palabra para definir a la esperanza.

Óscar: Vamos, papá.

Samuel: ¿A dónde? ¿Para qué? Carajo, hijo. ¿Por qué me pasó a mí?

Óscar: No es tu culpa.

- Samuel:** Y sin embargo aquí me tienes pagando el castigo.
- Pérez:** Don, ¿puedo hacer algo por usted?
- Samuel:** Contéstame una cosa, ¿hace frío? ¿O sólo es la muerte que se adelanta cuando cae en el entendimiento de su llegada?
- Pérez:** ¿Perdón?
- Samuel:** ¿Que si está haciendo frío, Salvador?
- Pérez:** Un poco.
- Óscar:** Ven, vamos a casa.
- Samuel:** No, no. Necesito un momento.
- Pérez:** ¿Quiere ir a donde el titán?
- Samuel:** Se agradece el esfuerzo, Pérez. De verdad que sí.
(*Vuelve al piso*) ¡Me cago en la puta!/
- Óscar:** Vi a mi padre llorar muchas veces. Nunca fue el modelo del macho alfa, ni un violento némesis de quienes le rodeamos. Papá no quería ser el antagonista de nadie, sino su héroe; el de la sonrisa eterna, el loco lindo, el pusilánime intencional. Mi padre lloró muchas veces: por una buena película, porque el diafragma ya no soportaba su risa, porque su hijo

cabalgaba a un Rocinante recién bautizado o porque Dulcinea le preparó su estofado favorito. Y ese mismo papá, el patíño de la vida, hoy se dobléga ante su golpe traidor en la entrepierna. Hoy papá llora, quizás por primera vez, de una pena que no puede soportar. Vamos a salir adelante, viejo loco. Levántate.

Samuel: Me lo digo, hijo. Pero creo que no me la creo. Hoy me siento muy de Camargo, como tú dices.

/

Pérez: ¡Basta!

Samuel: ¿Qué te pasa, Salvador?

Pérez: ¿Quién rayos es Salvador? ¡Yo soy Sancho Pérez! Vuestro fiel escudero, y este corcel metálico lleva el nombre de Rocinante. Vamos, gallardo caballero, es momento de volver a montar y salir al mundo.

Samuel: Te lo agradezco, pero creo que mejor nos vamos.

Pérez: ¿Una última aventura en las fauces de este titán? Por favor, ¿Óscar?

- Óscar:** Creo que / lo mejor sería / creo que / ¡Jolines, que nunca vi a nadie tan cobarde como este caballero!
- Samuel:** ¿Qué dijiste, rapaz?
- Óscar:** Nada, caballero. Que sos un cagalindes, un timorato, un cobardón...
- Samuel:** ¡Ja! ¿Tú vienes a decirme a mí eso? ¿Al que te ha mostrado la alegría de vivir?
- Óscar:** ¿Alegría es sentarse en la banquetta a llorar la pérdida? Oh, mi corazón, oh, la tristeza, oh, la falta de gallardía. ¡Pamplinas!
- Samuel:** ¡Pues ya lo verás! ¡Ya lo verás! ¡Pérez!
- Pérez:** A la orden, mi señor.
- Samuel:** Traiga mi corcel y mi arma. Iremos a enfrentar al Titán, una vez más.
- Pérez:** ¡A la carga!
- Samuel:** ¿Y tú? ¿Te vas a quedar ahí parado o vas a colaborar con nuestra valiente empresa?
- Óscar:** ¿Y perderme la dicha de ver al caballero de la regordeta figura luchar contra el molino azul y blanco? ¡Jamás! ¡A la batalla!

Pérez: ¿Listos, caballeros?

Samuel: Y que la muerte no nos alcance pronto.

VII

Óscar: ¡Al ataque! Grito, mientras el guardia de seguridad me pide silencio.

Pérez: Perdón, Jacinto. Don Samuel, ¿a dónde?

Samuel: Llévame justo al centro de esta bestia.

Pérez: ¡A electrónica! Digo, ¡al corazón!

Óscar: Técnicamente serían los genitales, pero: ¡al corazón!

Pérez: Rodamos por los pasillos pulidos.

Óscar: En medio de las miradas sarnosas.

Samuel: Un Quijote y sus escuderos; un Quijote con su amigo; un Samuel con su hijo. ¡Ea, ea, Rocinante! Que cabalgas como un potrillo.

Óscar: Nos acercamos al lugar acordado. Las bocinas for-

man una estructura diabólica, ¡es un gigante!

Pérez: Mi señor, ¿está preparado para esta afrenta?

Samuel: No lo sé, Pérez. Pero tiempo ha que ya no podemos permitirnos la duda.

Óscar: Llegamos. El monigote debe medir dos, ¡no! tres, ¡no! diez metros de alto. La incertidumbre nos asalta.

Pérez: Cuando se ve tan de cerca al rival es natural la duda, ¿no, don Samuel?

Samuel: La cercanía, Pérez, sin duda enaltece a las dificultades de la vida; no es lo mismo sólo pensar en las adversidades que verlas de frente. Hace unos días, era yo un mozo inalcanzable y hoy me enfrento al rival más portentoso que haya visto. / Pero sin temor, muchachos. ¡A la carga, mártires de La Mancha!

Óscar: ¿Cómo procedemos, don Samuel?

Desde las bocinas, suena una canción. “Muchachita”, de Miguel Gallardo, es la sugerencia de este autor.

Samuel: Sht, escuchad. Parece que la bestia algo gruñe desde sus terroríficas fauces. Reconozco ese sonido, ¿lo recuerdas, Óscar? Pérez, acercad a Rocinante junto a él, pero con cautela.

Óscar: Reconozco el canto de las sirenas cuando lo escucho, don Samuel. No sé si sea la mejor idea ir allá.

Samuel: Me pasa igual, Óscar. ¡Qué tiempos, eh! Pero a ello, ¿somos hombres o cobardes? Venga ya, Pérez.

Pérez: ¿Reconoce los gritos del monstruo, don?

La voz de Samuel empieza a perder su acento a medida que avanza la escena, hasta desaparecer por completo.

Samuel: Que si lo hago... Qué tiempos, ¿te acuerdas, hijo? ¡La favorita de tu madre!

Pérez: ¿A su esposa le gustaban los gruñidos?

Samuel: ¡No, qué va! Pero a Dulcinea le encantaba esta canción. Recuerdo que con Oscarito en brazos bailaba

por todo el lugar, moviéndolo al ritmo y cantando a todo pulmón. ¿Te acuerdas, Óscar?

Óscar: Sí, algo...

Samuel: ¿Cómo algo? Si te fascinaba. Porque no creas, Pérez, que fue cosa de un año o dos, no, ésa era su canción. Le encantaba que yo tomara una copa o dos y se la cantara, porque decía que borracho era más afinado. En las fiestas hacíamos un dueto precioso y este niño se moría de vergüenza. Vamos, Óscar, no puedes no acordarte de eso.

Óscar: Claro que me acuerdo, no tenía el oído entrenado para disfrutarlo pero, ¡loas para Dulcinea donde esté!

Samuel: *(Comienza a tararear la canción.)*

Pérez: *(Aparte)* Oye, Óscar. ¿Y cómo se llamaba tu madre en realidad?

Óscar: Dulcinea, mi madre se llamaba Dulcinea.

Samuel: Pérez, debiste conocerla, era energía pura para cualquier cosa. Hasta para venir al supermercado inventaba una fantasía loca que hacía cada momento disfrutable.

- Pérez:** Hasta para visitar las entrañas del titán, quiso decir.
- Samuel:** Para todo, amigo, para todo. Y debiste escucharla, con esa voz, ¡esa voz, Salvador! / Cómo extraño esa voz.
- Óscar:** ¿Está bien, mi señor?
- Samuel:** Mejor que nunca, hijo. Como cada vez que la recuerdo a ella. ¡Gran canción! Apréndanla, muchachos. (*Samuel comienza a avanzar a la salida*) Hijo, ¿nos vamos?
- Óscar:** Vamos, papá.
- Samuel:** Con permiso, mi inseparable lacayo.
- Pérez:** ¡Adiós, don Sammy!
- Samuel:** Gracias, Salvador Pérez. Por hoy, quedas relegado de tus responsabilidades como escudero, pero te conviertes en el fiel sirviente de Maritornes, la de los pelos pintaos. ¡A ello, Pérez!
- Pérez:** Con su permiso, caballero andante. ¡Adiós, Quijote Walmart!

VIII

Óscar: Diez meses más, dijo la doctora.

Samuel: Eso sí lo escuché.

Óscar: Pero fueron sólo tres.

Samuel: Eso no lo esperé.

Óscar: Papá murió de noche. Se fue a dormir y ya no despertó. Si lo mirabas desde cierto ángulo parecía que estaba sonriendo, pero desde otro, parecía que se estaba burlando. No había otra manera de despedirse, para él, mejor que ésa: la de la burlona disyuntiva. Ya nunca, después del Walmart, recuperó su acento y hasta se presentó como Samuel a los doctores de las quimioterapias; digamos que recuperó su cordura.

Pérez: O que trasladó su locura.

Óscar: *(Empezando a utilizar un acento español)* Pues lo que sea, Pérez. De cierto os digo algo: los hombres se van, pero la aventura continúa aguardando, ése fue el legado del caballero que antes a este titán enfrentó.

Pérez: ¡Y venció en repetidas ocasiones, mi señor!

Óscar: Nunca mejor dicho, Pérez. Pero deja de parlotear, que para las frases rimbombantes estoy yo y para el servicio es que tú has venido. ¿Dónde está Rocinante?

Pérez: ¡Lo traigo de inmediato, caballero!

Óscar: ¿Te he dado la lista?

Pérez: Ha llegado por paloma mensajera esta misma mañana.

Óscar: ¿Y qué nos ocupa en esta expedición?

Pérez: Debemos conseguir frutos frescos, cazar algunas aves, reses y pescar en el pasillo 18. Me parece que ya es tiempo de que adquiriera una lanza nueva, pues la que le otorgué el día de su condecoración como caballero, seguro ya está deteriorada.

Óscar: Llevas razón. ¿Algo más?

Pérez: ¿Destapacaños?

Óscar: ¿Qué has dicho? ¡Pérez! ¿Qué no has aprendido nada, farfante? Poetiza la palabra, majo.

Pérez: Pues, necesita líquido que permita el flujo del/

Óscar: Déjalo, muchacho. Si es todo, procedamos, que la vida es corta y el camino largo. Además, Dulcinea ya me espera a que llegue con los tesoros de mi expedición.

Pérez: (*Aparte*) ¿También se llama Dulcinea?

Óscar: Para nada, es Adriana, ¿pero qué nombre tiene más magia y tradición? ¡Venga, amigo Pérez!

Pérez: ¡Preparado, mi señor!

Óscar: ¡Avancemos con orgullo, pues llevamos con nosotros al espíritu del más noble y orate Quijote de Carrizales!

Avanzan hasta entrar al Walmart en triunfal y gallarda estampa.

Fin.

**PREMIO NACIONAL DE
DRAMATURGIA**
SALTILLO 2021 · TEATRO TESTIGO DE LA VIDA